

o sin ella, pobre o rico su enfermo, se daba por entero a su paciente. Ese cuadro me recuerda a don Andrés Sáenz y a los médicos del pasado y del presente que le han dado sentido hipocrático a su profesión.

Muchos enfermos de meningitis todavía se mueren en la época de los antibióticos, en que conocemos sus causas infecciosas, sus complicaciones y secuelas. No todo se ha resuelto aún, pero se ha hecho tanto. La medicina en los últimos cien años ha avanzado más de lo que evolucionó en tres milenios. ¡Qué grandes eran aquellos médicos que sin conocer la causa de muchas de las enfermedades trataban al paciente con lo poco que sabían y a veces lo curaban! ¡Trataban con arte médico, que es esa parte del amor al prójimo que todo médico debe ejercer, a veces su única satisfacción. Hemos ganado ciencia pero quizás perdido algo de ese arte que le da al médico su dimensión humana?

LA LUNA DEL CUARENTA Y OCHO

Vesalio Guzmán

¡Hoy es la llena: me dijo mi señora cuando nos acercábamos al mar. Aquello me recordó algo que viene a mi memoria como acontecimiento extraordinario, de una época de lucha y de esperanza. La llena, la única "llena" que recuerdo con toda su luz, cual Juno en todo su esplendor. Es el recuerdo de aquella luna llena del Cuarenta y Ocho. Quizás la vi entonces tan grande y con tanta luz, pues estábamos en las tinieblas de la opresión. Pero no, es que aquella luna fue especial. La habíamos escogido llena, pero nos resultó mejor, como si ella se hubiera querido lucir para la ocasión, pero no ocurrió esa noche. Antes decían que la luna de marzo era la mejor de todas; para los enamorados; para los paseos y las mel-cochas danzantes y para dar el apazote a los chiquillos.

Desde muy temprano esa noche cada uno, por sí solo o en grupitos, comenzó a salir de la Ciudad de Cartago. Todos tenían sus puestos asignados, trabajo difícil de instruir en aquellos días de terror. Unos en Coris; otros en el Tablón y Quebradilla, listos para ayudar en su momento preciso, a quienes llegarían hacia el amanecer. Hacía días que habíamos enviado los mapas de las rutas y los tiempos posibles de marcha por la que el Jefe había designado la "vía cablegráfica". Esta no se tocaba para no dar sospechas. La habíamos designado así como la ruta de la invasión hacía poco tiempo, en la Escuela de Santa María de Dota, cuando se decidió que había que tomar Cartago. En compañía de Alberto Morúa (a quien tanto debe y más aún ha olvidado la Seguridad Social, pues fue por medio de la ley que lleva su nombre que se repartieron las rentas de la lotería, entre todos los hospitales e instituciones de beneficencia, dicho sea de paso) salimos en dos caballitos que nos prestaba Dublois y que montábamos por la tapia sur del cementerio. Por callecitas poco pobladas nos escabullíamos saliendo a La Lima y luego a Coris. En Quebradilla dimos las últimas instrucciones en casa de los Camacho. Ya había salido la luna cuando pasamos por el Tablón y en sus piedras y tajos de

mollejon se reflejaba su luz, alumbrando más el camino. Los perros nos delataban; nunca vimos ni oímos tantos perros juntos. Posiblemente les estábamos estorbando el programa de ladrarle a la luna. Subimos la cuesta para llegar al Alto de la Ventolera, a las puertas de Patio de Agua, el sitio designado para el encuentro. Eran las once y media. Detrás de unos matorrales nos metimos con los caballos. Desde aquella altura la luna, ya sobre nosotros, alumbraba intensamente la comarca hasta una gran distancia. Era casi como de día. Veíamos los potreros y finquitas con sus casas de Patio de Agua y Corralillo, los caminos, veredas y el ganado. A ratos oíamos como si marchara una tropa, pero no la veíamos venir. ¿Será, pensábamos, que para no dar el cuerpo vienen entre potreros, o que se han retrasado por algo, ¡Qué espera tan larga! ¡Si alguien ha cantado, qué desastre sería! Eran las doce cuando oímos claramente que alguien venía subiendo la cuesta. Si, era un hombre nada más, su marcha decidida, como quien viene de prisa a alguna misión. Cuando se acercó a prudente distancia le dimos el alto y luego que se detuvo, le pedimos el santo y seña, que nos dio claramente, saliéndole entonces al paso. Era un mocetón de mediana estatura, campesino de por aquellos lados que conocía su tierra, de cabello rubio y crespo; ¿Preguntó por mí, a lo que respondí, preguntándole a la vez, ¿Por dónde vienen? ¡No vienen, don Pepe me ha mandado a decirle que no fue posible organizar la cosa, pues no nos atacaron por San Isidro y tuvo que mandar la gente a pelear allá. Dijo adiós y se despidió, bajando la cuesta al trote, como quien tiene mucho que hacer. Le seguimos con la vista largo rato, bajo la intensa luz de la luna llena, hasta que se perdió en una vuelta del camino. No olvido aquella luna llena de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho, hoy hace treinta y cinco años. La luna de esta noche no tiene el brillo de aquella; no se ven los campos como si fuera de día, quizás, pienso yo, porque ha enviado parte de su luz a brillar en otras partes en que desean salir de las tinieblas, como nosotros en aquellos aciagos días y noches en que peleábamos por una nueva patria en que se respeten los designios del pueblo y que por fin llegó.

EL CANADA DIVIDIDO Y EN CRISIS

Vesalio Guzmán

Hace apenas un año cuando visité el Canadá para celebrar un año más de nuestra graduación profesional (¡Encontré a todos mis compañeros muy viejos...!), se preparaba el referendun o plebiscito con que el gobierno provincial de Québec quería definir su status político futuro de "autonomía en asociación". Qué cambio vi para entonces en una sociedad que había conocido de joven: retraída, dominada por la iglesia y por un muy justo deseo de conservar su identidad racial, lingüística, histórica y económica. A partir de los años 60 había comenzado un movimiento de liberación interna de las ataduras del pasado para avanzar al porvenir. El ciudadano de Québec deseaba conservar su identidad racial, su fe y su idioma